

De: Ateneo de los Muertos:

José Eduardo Guerra

«... Locos y taumaturgos, suicidas y señores: de tal jaez son los ilustres varones del Ateneo de los Muertos, institución que ahonda, desde la tumba, el surco de la cultura boliviana». - Porfirio Díaz M.

«Siento que la muerte va cegando las
celdillas de mi cerebro;
mi memoria se extingue pero lucho des-
esperadamente por subsistir
para glosar las palabras de mi amigo,
con el desinterés de un hombre que ya
no aspira a nada,
porque ha entrado en la nada, porque
ha entrado en la nada
del espacio y del tiempo».

Rubén Romero

Cuando apareció su primer libro «Del Fondo del Silencio» en Chile, allá por el año 1915, José Eduardo Guerra, predestinado a la Muerte y a la Gloria, escribía a Antonio José de Sainz, su hermano poeta, estas estrofas:

«Antonio: en la apartada quietud
de mi aposento,
cuando la noche pálida y austera,
se duerma en el regazo del silencio,
y mi anémica lámpara se muera;
y que tu musa doliente me visite,
que me hable de tus íntimas tristezas
hermanas de las mías...».

Y aquí estamos sus hermanos, visitándole en el Palacio de la Muerte, en medio del cual, con estrellas, se escribe su nombre glorificado. Recibamos pues su espíritu con unción y con respeto.

Era un hombre alto, con huraño mirar que se velaba detrás de sus perennes gafas. Yo le conocí, niño aún, en las aulas del Instituto Normal Superior, cuando filosóficamente explicaba a los alumnos el valor de los verbos. Como éstos son acción y sentir, sus verbos, en centellas interpretativas, eran todo un acontecimiento de cátedra. Fue uno de los más valiosos profesores de la Universidad.

Entonces nos visitaba en el aula con sus grandes barbas jesucristianas que le quedaban como un símbolo austero de dignidad y señorío. Porque, en verdad, si él se llamaba José Eduardo Guerra Ballivián, demás está hablar de su señorío y abolengo.

Como las golondrinas, gustó cambiar los climas. Viajó mucho, representando en la Diplomacia a este nuestro país que no tiene diplomáticos. Prestigió a Bolivia en Ginebra, en París, en Madrid.

Escribió ese hermoso catecismo escéptico que se llama «ESTANCIAS» y que son audaces serenatas a la Muerte. Nunca tuvo miedo de dialogar con la Pálida Enlutada. Al contrario, de la muerte misma y del pensamiento de ella, extrajo su honda filosofía poética.

Sirviendo a la nobleza de su espíritu hizo crítica literaria. Lo mejor de esta labor fue que la hacía en Europa para evidenciar el nombre de su Patria.

En materia de poesía tuvo a sus elegidos: Juan Ramón Jiménez, José Asunción Silva, Julio Herrera Reigis... Fue siguiendo todas las pisadas de ese inmortal suicida que se llamó Stefan Zweig, estupendo buzo del alma humana y revelador de todas las gamas psicológicas de los hombres.



Liliana Ljvneh Carl Udes sin capital (detalle)

Estuvo en París cuando se suicidó nuestro gran novelista Armando Chirveches y departió sus horas de Europa con Alcides Arguedas en tanto que trataban de establecer un orden psíquico para explicarse la trágica despedida del autor de «La Candidatura de Rojas».

Pero hay algo más interesante que su generosidad literaria, que su bondad de fuente creadora de estrofas: su bondad de hombre. Su gran caballerosidad de Diplomático. Comenzaba entonces a quemarse nuestra Madre España en las piras de la guerra interna. Todo lo arrastraba el salvajismo bélico. No respetaba ni a las mujeres ni a los niños. Entonces fue que la isla de su Legación se abrió para proteger a los refugiados: hombres, mujeres y niños españoles que, por lo menos, hallaron la garantía de una territorialidad extranjera en un pedazo de edificio madrileño. Valga decir que hallaron el hogar, ese hogar que luego se destruyó para siempre...

Aquí estamos, delante de él, en la grande humildad de este recuerdo que eleva el espíritu hacia las regiones ideales en las que no asoma la miseria del vivir cotidiano, tan absurdo y tan torpe por su contacto irritante con la materia prosaica. Aquí estamos todos sus hermanos, delante de él, para llorarle en las lágrimas de los versos de Reynolds y en los acordes dolorosos de Beethoven y de Grieg. Aquí estamos recordándole cuando decía:

«Una estrellita romántica ha venido
a mirarme a través de los cristales,
y en un ambiente tibio de rosales
mi espíritu febril se ha adormecido.
La caricia sedante del olvido,
en un vuelo de blancos madrigales,
aliviando la carga de mis males,
hasta mi corazón ha descendido.
Ya tengo hogar y paz dentro la estancia
el calor de mi lámpara encendida,
mientras vaga la tímida fragancia
que perfumando el sueño de mi vida,
embalsamó el cadáver de mi infancia
en una edad romántica y perdida».

Aquí estamos, sí, ante el cadáver de esa infancia sublime de poeta que se llevó en su viento helado la Muerte.

Sea con él la paz y la Gloria, por siempre .
1943

Porfirio Díaz Machicao. La Paz. 1909 - 1981. Narrador, ensayista, periodista e historiador. Ha publicado «Quilco en la raya del horizonte», «El estudiante enfermo», «La bestia emocional», entre otros. «El Ateneo de los Muertos» fue publicado en 1958.

José Eduardo Guerra Ballivián. La Paz, 1893 - Santiago de Chile, 1943. Poeta, narrador, profesor y diplomático. Sus obras: «Del fondo del silencio», «El Alto de las Ánimas», «Itinerario espiritual de Bolivia» y otros.